

Crítica de la crítica

Leí el libro **Crítica de la crítica**, de Enrique Benavides, en el barco, cuando regresaba de Costa Rica a Chile. Ahora releo algunas de sus partes. Oh, el placer de la relectura! Esa libertad que se tiene para hojear, para no concluir, para ir de atrás adelante. Es como el segundo viaje a Europa. Ya no hay que verlo todo, sino lo que a uno le da la gana. El primer viaje es de cumplimiento, de obligación muchas veces agotadora. El libro de ensayo, además, facilita esta libertad.

que el poema en prosa o en versos simplemente, igual que el libro de poesías: se les toma por aquí o por allá, no hay comienzo ni fin. Como una culebra, si se quiere: parecida pero diferente en cada uno de sus fragmentos.

Se me fueron los ojos a dos capítulos, a mi juicio los más reveladores del libro, el relativo a José Marín Cañas y el titulado "El ocaso de las ideologías". Aquél muestra al discípulo capaz de descubrir y admirar al maestro; el otro indica una posición, al parecer clave en el pensamiento del autor, interesantes ambos, bien hechos, sugerentes.

Marín Cañas era el antídoto de Enrique Benavides. Había que de-



Hugo Montes

ribarlo de un pedestal muy alto y muy duro, que parecía pernicioso. Sí, dañaba a la juventud. Escribía con excesiva libertad, al margen de dogmas. No encauzaba en o hacia el orden nuevo. Era un retrógrado, un reaccionario. Se le combatió, se le atacó. No cayó sin embargo de su sitial. No tambaleó siquiera. En cambio, el joven crítico fue madurando, lo que —como ocurre a menudo— le significó entrar a un túnel, llegar a la encrucijada, perder la luz que parecía iluminarlo todo. Inesperadamente, el héroe baja por sus propias piernas del pedestal. Y alarga la mano,

y mira con interés, y acoge con humanidad. No propone grandes soluciones, no ofrece panaceas. Está ahí no más, en su oficina: "Tomamos café y conversamos. Resultó más joven que yo, con un gran vigor, con una mente rápida, cierta y fogosa, con un entusiasmo contagioso y estimulante y, sobre todo, con una perspectiva conspicua de la realidad humana, de una altura casi insuperable, a que llegó con los años, después de escalar las escarpadas cumbres de la existencia sin más piolé que su pluma y su experiencia vital". Desconcerto inicial, inmediata entrada en confianza, descubrimiento en fin de los valores morales, intelectuales, artísticos, del maestro. Coincidencia durante un tiempo y no lo dice el texto pero quizás sea legítimo suponerlo—, como buen discípulo, discrepancias en este punto o en aquél. Remate adecuado: la gratitud y el testimonio público de esa gratitud.

Creo que el segundo capítulo que llama mi atención está en estrecha conexión con el primero. Y uno comprende que hay líneas muy sutiles pero muy reales que unen en el inconsciente lo que aparentemente va muy desligado. Yo no escogí estos dos capítulos, sino que ellos se me impusieron, me escogieron. Reflexionando es como uno descubre la trama desconcertante. Veamos. ¿Qué es lo que a Enrique Benavides perturba en las ideologías decimonónicas que ve en decadencia? Fundamentalmente, su radical incapacidad para llevar a la realidad. El ideologismo es un antejo que ciega, una venda si se quiere, no un alargador de la

vista. El ideologismo tapa, tergiversa, levanta un muro entre el ojo y las cosas y las personas en su situación de verdad. Lo real sigue su marcha, los hechos porfiados se suceden con una lógica que la ideología desconoce. ¿Peor para los hechos? La frase puede decirse y hasta con circunstancial eficacia por quien en un momento determinado tiene mucho poder. Pero luego, bastante pronto, no es más que palabra hueca y distanciadora de la realidad. ¡Ay de los que en ese instante se engañan y engañan a otros imaginando que las situaciones se acomodarán a lo establecido en el esquema! La vida es más flexible, sutil, fluctuante y rica que la ideología. Preferir ésta sobre aquélla es locura.

A la vista está la relación entre los dos capítulos centrales de **Crítico a la crítica**: era la ideología cegadora el muro que impedía conocer al maestro. No se solucionarían las cosas botando a Marín Cañas de ninguna parte, sino echando por la borda la venda que impedía ver la realidad.

El ocaso, el crepúsculo de las ideologías... ¿No será la tónica que preside la vida pública en varios países de nuestra América? Que lo discutan los entendidos. Mas quizás pueda decirse que Perú, Brasil, Bolivia, Argentina, Chile y otras naciones del nuevo mundo intentan recorridos directos, no mediatizados por ideología alguna. Habrá que estudiarlo y, sobre todo, habrá que esperar los resultados. Pero agradezcamos entre tanto a Enrique Benavides estos ensayos que invitan a reflexionar y a reconocer a personas y cosas.